Ilustración: Jorge Roa

Región de Valparaíso

EL MARAVILLOSO TESORO DE EL CONVENTO

Montserrat Carolina Farías Fruth

¡Cuánta ilusión y sueños se pueden lograr cuando te invitan a una aventura que puede cambiar el resto de tu vida!

Todo comenzó con los relatos de mi abuelo. Él nos contaba sobre un misterioso tesoro escondido en la localidad en la cual vivía de niño. Esto activó el espíritu aventurero de mi padre, que logró ilusionarnos y comenzar esta búsqueda del tesoro. Fue así como mi padre, mis hermanos y yo nos trasladamos a esta localidad, El Convento.

Al llegar, todos quedamos impresionados por el cambio de aire; aquí es limpio en comparación con Santiago. Todo es más verde y de cierta forma alegra a quien mire este lugar.

Nuestra búsqueda apenas comenzaba cuando nos cruzamos con una muchacha que intentaba, furiosa, ayudar a un pequeño ternero que estaba atrapado. Como buenos hombres, la ayudamos a sacar al animal. La muchacha se presentó como María, una chica que se ganaba la vida ordeñando las vacas y haciendo queso. Como agradecimiento, nos ofreció almuerzo en su casa, un lugar bastante bonito y hogareño. Conocimos a su familia, su padre, su madre y su hermano menor. Todos con saberes en el cuidado de vacas y caballos. María también nos dio un queso hecho por ella, que, contrariamente a lo que creí, estaba muy rico.

Días después, aun no encontrábamos el tesoro, y como yo soy impaciente, comencé a perder la esperanza. Fue cuando nos reencontramos con el padre de María, Juan. Nos dijo de un evento, una lotería, para recaudar fondos para operar

a una abuelita que era conocida. Aunque primeramente nos negamos, mi padre nos convenció de ir. Creía que podríamos encontrar alguna pista del tesoro, así que asistimos. Llegamos temprano, había varios autos estacionados, muchas personas sentadas dentro y unos cuantos grupos de niños jugando. Con un poco de vergüenza me senté junto a mis hermanos. Tras varias horas, la lotería terminó y volvimos a casa. Estaba exhausto, pues soy un poco antisocial y la gente, en cambio, parecía alegre, sobre todo, porque cada vez que podían tiraban alguna talla[6]. Me reí mucho, y para nuestra suerte, nos ganamos uno de los premios.

Luego de la lotería, un sábado o domingo, no recuerdo bien, una señora con un pequeño camión pasó por nuestra casa ofreciéndonos vegetales, algunas frutas y pasteles. Mi hermano mayor, todo coqueto, comenzó una charla con ella. Nos dijo que la mayoría de los vegetales eran cosechados en casa y los pasteles también eran hechos ahí. Quedamos con la curiosidad de saber cómo, así que le preguntamos si podíamos ver lo que ella nombró como chacra.

—¡Oh! Sí. ¿No saben lo qué es? —negamos, y ella sonrió amable— ¿Vienen de afuera? ¡Entonces, vamos, *pues*!

La seguimos con nuestro auto a un lugar grande lleno de muchas plantas y vegetales. Había choclos, papas, cebollas, entre otros. Todo estaba muy ordenado, cada vegetal separados de los otros. Nos dijo muchas cosas de las cuales yo sabía muy poco, como que algunos vegetales hay que plantarlos en cierto momento del año para que el producto sea de calidad. Me sentí un ignorante; estaba acostumbrado a comprar las cosas en un supermercado, en donde hay de todo, todos los días. Le agradecimos por el tour por la chacra y regresamos a casa.

Finalmente, el último día del mes, mis hermanos y yo nos rendimos: no había tesoro. Cuando nos quejamos con nuestro padre, este solo se burló de nosotros.

[6] Talla: broma (nota del editor).

—Chiquillos, ¡nunca se dan cuenta! Desde que llegamos vi el tesoro; ¿ustedes realmente no lo vieron? —volvió a reírse.

—¿Cuál es ese supuesto tesoro, *eh*? ¡El abuelo nos dijo que nos traería felicidad! ¡Que era un tesoro increíble! No hemos visto *nah* bueno.

—¿No es increíble cómo hacen el queso? ¿Cómo la gente se dedica a plantar para comer y ganarse la vida? O… ¿no es maravilloso cómo toda la gente se junta para ayudar? —nos miró y sonrió.— El tesoro de El Convento es su ambiente alegre y calmado, su riqueza tanto en plantas como en animales, y la solidaridad de la gente.

De eso han pasado 20 años. Me casé con María y aprendí a cuidar a las bestias, como les dicen aquí a las vacas. Tenemos nuestra propia chacra y salgo a vender. A mis hermanos tampoco les fue mal, también se casaron y se establecieron aquí. Mi padre trajo a nuestra madre para que viera lo asombroso que es este lugar. Es increíble el cambio que mi vida tomó por este tesoro. Vivo en El Convento, en donde encontré la felicidad, el amor verdadero y los sentimientos humildes. A todos, ¡recuerden que el dinero no hace la felicidad!

Montserrat Carolina Farías Fruth
14 años
Santo Domingo
Tercer lugar regional